

Sorprende la libertad con la que se refiere a todas las cuestiones, desde los juicios sobre su marido –que además son divertidos- hasta dolores de su vida que tardó tiempo en perdonar a Dios. En 1992 viajaron a Roma y visitaron al prelado del Opus Dei, entonces don Álvaro del Portillo, «quien nos recibió cariñosamente, y yo correspondí haciéndole un cúmulo de reproches. Don Álvaro es la persona más buena que yo he conocido y me lo demostró en aquella ocasión en la que le dije un montón de inconveniencias, que él las escuchó sin perder la sonrisa, e incluso haciendo movimientos de aquiescencia con la cabeza, como dándome la razón a lo que decía. Y lo que yo le decía es que no había derecho a que se hubiera muerto mi hija María, que era un ángel, una preciosidad de criatura, y que encima le habíamos puesto el nombre de la Virgen, María. Sin duda era la queja de una madre dolorida, que no olvidaba, pero como comentó después mi marido, parecía que le estaba echando la culpa a don Álvaro» (p. 69).

Estos párrafos ayudan a entender mejor el carácter de esta mujer del Opus Dei y su modo libre de afrontar la vida. Es un pequeño diario, políticamente incorrecto, que debería leer mucha gente para abandonar esquemas rígidos.

Mercedes Montero

César ORTIZ-ECHAGÜE, *José Ortiz Echagüe en el recuerdo de su hijo*, Madrid, Rialp, 2020, 1ª, 327 pp.

Adoptando un formato de memorias familiares, el presente volumen relata la vida y obra de José Ortiz Echagüe, pionero español de la aviación y la fotografía. El encargado de tan delicada labor es su propio hijo, tal y como apunta la sección final del título en la portada (en letra pequeña), un detalle no poco importante para entender mejor la estructura narrativa del libro.

La vida de Ortiz Echagüe fue ciertamente agitada, tanto desde el punto de vista personal como profesional. Formado en la Escuela de Ingenieros militares y perteneciente a una acomodada familia, participó en diversos hitos de la aviación (primer aviador en cruzar el Estrecho de Gibraltar; fundador de la empresa aeronáutica CASA), siendo a la vez testigo privilegiado de la gran transformación industrial que España experimentó durante el siglo pasado. Fue también un hombre transido de una singular mirada artística, una circunstancia que, unida a su posición desahogada, favoreció el desarrollo de una íntima vivencia de las posibilidades expresivas de la técnica fotográfica.

Estas memorias se ofrecen al lector desde la perspectiva de uno de sus ocho hijos, César, arquitecto que descolló en los años cincuenta y que fue más tarde ordenado sacerdote católico, al servicio de la Prelatura del Opus Dei. Pienso que es un detalle importante, puesto que la vida de José Ortiz Echagüe se narra precisamente al hilo de la biografía, vivencias y recuerdos de su propio vástago, hasta el punto de ir per-

diendo el padre protagonismo conforme el hijo adquiere más importancia en el relato, pasando de niño o adolescente a la edad madura.

En este sentido, la apasionante vida de Ortiz Echagüe se ve opacada por momentos, casi utilizada como excusa, para servir de telón de fondo a otros intereses que le afanan al autor, como la contextualización de la importancia de San Josemaría en su propia vida y en la de su familia, o el testimonio de primera mano de la expansión internacional del Opus Dei, de la que él mismo fue testigo y protagonista.

En todo caso, el libro se lee con agrado, pues transmite frescura y candor: revela episodios y anécdotas familiares (que una sensibilidad distinta hubiera quizá reservado para la intimidad), y comunica de manera viva y desenfadada el entusiasmo por la figura de Ortiz Echagüe y su ámbito cercano. La relevancia del archivo fotográfico legado a la Universidad de Navarra justifica también la apuesta de la editorial por la publicación de estas memorias.

Juan Ramón Selva Royo

Cristián SAHLI LECAROS, *José Enrique*, [s.l.], Cultura Cristiana, 2020, 139 pp.

Estamos ante un pequeño libro que narra la historia de José Enrique Díez Gil. Nacido en Haro (La Rioja, España) en 1931, al año siguiente sus padres se trasladaron a Zaragoza, donde fijaron su residencia. Josen o Coique, como llamaban familiarmente a José Enrique, tenía una hermana mayor, María Dolores; y un hermano menor, Pedro. Sus padres eran oriundos de León y Sádaba (Zaragoza).

En otoño de 1948 Díez Gil se trasladó a Madrid para cursar los exámenes de ingreso en la Escuela Especial de Ingenieros Aeronáuticos. Meses después, en 1949, un amigo zaragozano le planteó la posibilidad de incorporarse al Opus Dei, y comenzó a asistir a un centro en Diego de León, donde vivía don José Luis Múzquiz. Más tarde, José Enrique escribió al fundador pidiendo ser admitido en el Opus Dei. El 7 de abril de ese mismo año san Josemaría, que ya residía en Roma, viajó a Madrid y José Enrique le acompañó en un viaje rápido a Molinoviejo (Segovia).

Los estudios de ingreso en Ingenieros le costaban y decidió cursar Derecho. Con el fin de recuperar el tiempo perdido se trasladó a Granada en octubre de 1950 donde podía hacer dos años en uno. Sin embargo, se embarcó en una nueva aventura. En efecto, la expansión del Opus Dei por el continente americano había comenzado en México y Estados Unidos en 1949, y en Chile y Argentina al año siguiente. Díez Gil no dudó en seguir los pasos de otros, según se desprende de una carta suya al fundador del 19 de diciembre de 1950: «Me alegró muchísimo la noticia que nos llegó de que se podía ir a Chile o Argentina teniendo resueltos los problemas familiares, económicos y militar. Yo creo que me encuentro sin esos tres problemas –ya he mandado la solución de ellos– y me gustaría irme a Argentina».